

CHARLES BROKAW

El enigma de la Atlántida

ROCA EDITORIAL, 21 €

► Thomas Lourds, experto en lenguas antiguas, recibe el encargo de examinar una campana de 20.000 años de antigüedad que lleva grabado un mensaje críptico. Su estudio concluye que se halla ante una lengua desconocida y, lo más sorprendente, es que ésta podría ser la de los habitantes de la Atlántida. Lourds continúa con su investigación sin saber que El Vaticano tiene sus propios planes en lo que a la Atlántida se refiere, y que hará lo indecible para proteger los secretos sobre el origen del Cristianismo.

**Antonio Benítez, padre del autor del artículo, con su nieta Ana.**

pos quemados. Es aún pronto pero los nazis ya tenían en mente su objetivo, y dedican sus primeros meses de asesinato en cadena a la perfección del método. Luego vendrían Treblinka, como escalón de mejora, y finalmente Auschwitz-Birkenau, la fábrica de la muerte.

Documentación

El segundo hito de Lanzmann consiste en la documentación de este proceso de mejora. De los camiones a los primeros hornos, y todo mediante procedimientos de carácter industrial: cuántas personas podían ser gaseadas cada día sin que la destrucción de sus cadáveres, sin dejar rastro, se convirtiera en un problema. En pocos meses la cadena de suministro está controlada y la producción en masa de muerte, dolor y destrucción es ya exacta y científica en la siguiente fase del proceso.

Y, finalmente, el gran acierto de Lanzmann se produce cuando vuelve a los escenarios de la matanza. Viaja a Polonia en 1978, a Treblinka, y descubre que allí, al otro lado del telón de acero, el tiempo se ha detenido, las vías férreas son las mismas, los trenes son los mismos, los vagones permanecen, las personas siguen estando en su sitio. Nadie les ha preguntado jamás sobre lo que vieron, sintieron y sufrieron. Y tienen ganas de hablar. Llega a Treblinka, donde murieron más de 400.000 judíos, y hay un cartel que anuncia la ciudad, un cartel inocente que conserva intacto el patronímico del escenario del asesinato masivo, como si nada hubiese pasado nunca, como si aquello no hubiese ocurrido.

La foto de portada de *Shoah* muestra a uno de los maquinistas de aquellos trenes de la muerte, asomado a su locomotora como lo hacía 40 años antes, conduciendo al vacío a dos, tres mil personas hacinadas en vagones de ganado, escuchando sus gritos, sus lamentos, sus súplicas. Testigos del horror, a veces cómplices, Lanzmann entrevista por primera vez a cam-

Lanzmann entrevista por primera vez a campesinos polacos que presenciaron en primera fila el desfile final de miles, cientos de miles de judíos ya condenados

El segundo hito de Lanzmann consiste en la documentación de este proceso de mejora. De los camiones a los primeros hornos

pesinos polacos que presenciaron en primera fila el desfile final de miles, cientos de miles de judíos ya condenados.

Y de fondo el ruido de los trenes, idéntico, inamovible, exacto después de tantos años. Estremece ver las imágenes, escuchar el ruido metálico del ferrocarril, intuir el sufrimiento y el dolor, percibir el vacío, el horror, la infamia.

En las páginas finales de su libro dice Lanzmann que «la mayoría de los protagonistas de Shoah ya no viven hoy. La muerte nunca se detiene». Así es, como tampoco se detuvo con mi padre, aunque le respetó durante 86 largos y felices años.

No hay comparación posible entre una vida y otra. Pero con frecuencia, leyendo el libro de Lanzmann, viendo su gran obra, he pensado qué habría hecho mi padre en esas circunstancias. Cómo habría actuado, qué riesgos habría asumido. Y soy pesimista: no habría podido contenerse. Porque siempre fue un hombre de honor y de principios, una persona de palabra. Rebelde, incapaz de soportar la injusticia. Comprometido con su familia, amigo leal, protector de los débiles, generoso. Y también un buen profesional, un excelente maestro, insobornable, cabezota a veces, apasionado del fútbol siempre, jugador mediano de dominó, impertinente, comilón insaciable, recto, honesto hasta la estupidez. Un padre atento y responsable. Un tipo honesto y valiente. Un hombre pegado a una mujer, Charo. No hay vacío posible, no te has ido, estás aquí.

Guillermo Busutil

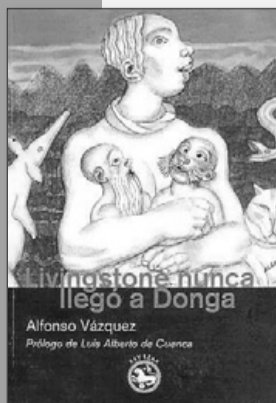
El Marcapáginas

Etnólogo del humor

Alfonso Vázquez, marcado desde su nombre para el difícil dominio de la literatura de humor, Alfonso de Paso y Vázquez del dibujante de cómic, dos maestros en esa mágica dramaturgia que ha de tener el inteligente género humorístico, ya demostró en su anterior libro, *Viena a sus pies*, que todo escritor nace cuando de niño observa y cataloga a su semejantes por los zapatos; que todo escritor ha de saber moverse en el mercado sin pisar ni que le pisen los callos; que el mal olor de los pies puede provocar un crimen y sugerir una novela de intriga policial que nos revela cómo Zweig, Mahler o Rilke calzaban sus secretos y soñaban con algo parecido a la crema Peuseck. Pero sobre todo, Alfonso Vázquez ha demostrado que su prosa, hilarante, repleta de matices que detonan la sonrisa y la carcajada, el surrealismo de lo posible, pertenece a la estirpe de Jardiel Poncela, de Wenceslao Fernández Flores, de Gerald Durrell y Eduardo Mendoza por citar a cuatro maestros de la aguda comicidad del lenguaje, del irónico humor cercano a lo fantástico, del ingenio y la parodia como cualidades de la mirada humana, del humor como condimento esencial de la literatura. Estos ecos, perfectamente tamizados e interiorizados desde un estilo personal, respuntan sin hilos sueltos la prosa ágil, colorista, inteligente y mordaz del escritor malagueño.

NO ES FÁCIL ENCONTRAR EN ESPAÑA HOY DÍA narradores que tengan esta facilidad y sutileza para caricaturizar el lenguaje, el dominio de crear historias disparatadas que reflejan los aspectos tragicómicos de la realidad o de cartografiar un país exótico y femenino como hace Alfonso Vázquez en *Livingstone nunca llegó a Donga*. Y lo hace con el rigor academicista del etnólogo, del viajero de ida y vuelta, trazando la Historia de un sui generis país que cuenta con la tradición de vestir a los niños de chica hasta los cuarenta y cinco años, cuando adquieren la madurez, la sibilina estrategia independentista de desgajarse del Imperio británico exportando azúcar para provocar caries y afeitar las flemáticas sonrisas de futuros príncipes. También rescata del desván de la Historia la hazaña militar de un coronel de Donga que participó en la Operación Nido del Águila contra Hitler; el lenguaje que en un sesenta por ciento es femenino en sustantivos, verbos y posiblemente en carne; la literatura de las noches que repiten el erotismo oral; la arquitectura y la dramaturgia de Donga; sus atletas desbocados, el movimiento cinematográfico de La orilla izquierda- corriente dogma donga nacida a la vera de una televisión que emite en blanco y negro por referéndum popular-. Nada, ni siquiera la fauna, la flora o el árbol genealógico de la realeza de Donga, bastante emparentada con los asesores fiscales que sólo los únicos que entienden a Hacienda, escapa a la mirada, al rigor y la imaginación academicista de este escritor que rescató hace años la memoria perdida de los majarones malagueños, cuando éstos sólo eran personajes de la calle y no de otros ámbitos. Un escritor capaz de curar los imperiales juanetes de Viena, sin quitarse el bombín galeno de un premio, o de armar esta estupenda enciclopedia, imprescindible guía de viajes de bolsillo, tan minuciosa como interesante, para aquellos a los que no les importe que un día, alguien, los mande a tomar aires a Donga. Con este libro, apuesta de la editorial Rey Lear, por la literatura de humor y por el autor malagueño, Alfonso Vázquez se convierte en un

magos del humor blanco que nos regala estos dos libros; uno para que aprendamos a desconfiar de aquellos a los que les huelen los pies y otro para que no tengamos reparos en irnos de vacaciones a Donga, dando así rienda suelta a la parte femenina que llevamos dentro y que podamos olvidarnos de la actual realidad, tan huérfana de buen e inteligente humor, de talento y de autores capaces de trazar un divertido mapa de la imaginación y un humor de brillante altura.



ALFONSO VÁZQUEZ
Livingstone nunca llegó a Donga
REY LEAR. 10,40 €.